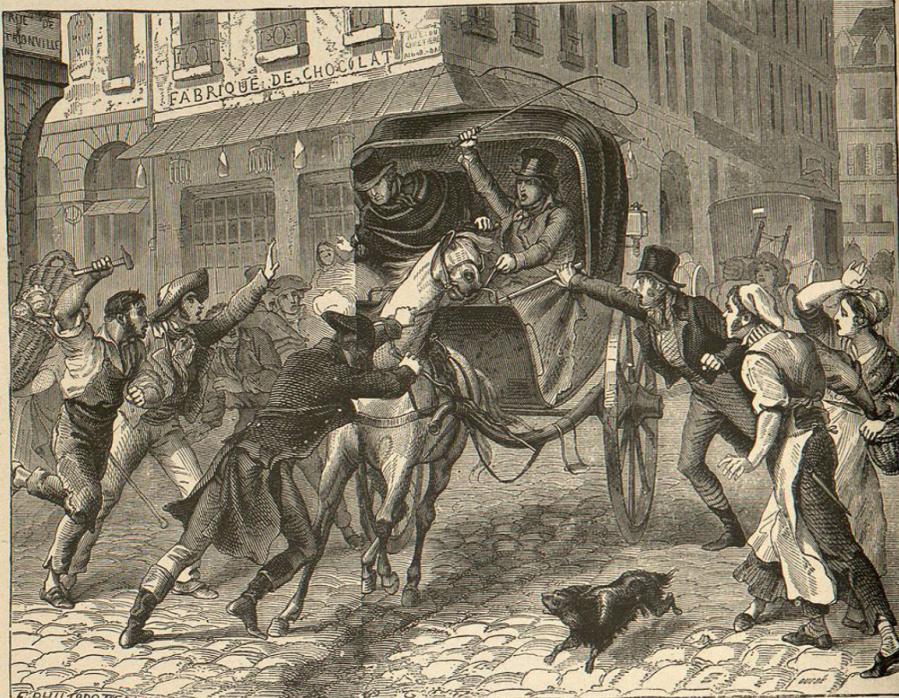


sazon no se cuidaba de auxiliarles ni de proporcionarles auxilio extranjero: no podían quejarse en manera alguna de Prusia. La Prusia no había hecho más que cumplir lo que el conde Haugwitz había dicho en 25 de mayo al mayor Decken: «A vuestros ojos no se ha presentado más que un punto de vista, á saber: el de que Prusia quiera arrebataros vuestro territorio y de que para evitar esto era preciso impedir en lo posible una ocupación prusiana. Pero no habeis pensado que nosotros hubiéramos podido defender vuestro país mientras que los franceses lo han ocupado. Los imperiales conservaron á Venecia, á pesar de no ocupar una sola de sus al-

deas. Partiendo de este principio, solo habeis trabajado para impedir nuestra ocupación, con lo cual únicamente habeis conseguido que os abandonemos á los franceses (1).»

Pero si los hannoverianos no podían echar en cara á la Prusia el que ésta no hubiese hecho el sacrificio que no obtuvieron de Londres y que el Hannover no había deseado, los prusianos por su parte no tenían motivo alguno para alegrarse, pues la ocupación de Hannover por la Francia significaba para ellos la imposibilidad de navegar y comerciar en las desembocaduras del Weser y del Elba, y esto era tan funesto para el comercio de Prusia y fué tan perjudicial para



Detención de Jorge Cadoudal en las calles de París.

su consideración y poderío la manera como se llevó á cabo, que nunca hubiera debido consentir, por interés propio, en tal invasión.

La parte de culpa que á Prusia correspondía en este asunto se puso de manifiesto en mayo de 1803, abiertamente en San Petersburgo y de un modo velado en Londres, cuando la notificación de que Prusia ocuparía el Hannover si Inglaterra no le aseguraba los principios fundamentales de la neutralidad marítima de 1780. En San Petersburgo se dijo esto como una amenaza; en cambio en Londres se dijo que como «precio» de aquella concesión se señalaba la protección de Hannover (2). La ocupación de este territorio era considerada no como en 1801, es decir, como medio de evitar un peligro pasajero, sino con la idea de una ulterior incorporación, para poner término á un estado de cosas que era un constante peligro para la paz del Norte de Alemania y de Prusia y una gran desdicha para el mismo Hannover. Por lo menos un interés bien entendido de ambas partes debía hacerse comprender así, siendo, como era, algo más que una

(1) Ompteda, pág. 121.

(2) Munster á Ompteda, 9 de mayo. Ompteda, pág. 81, nota.

simple amenaza. Pero lo cierto es que aquella manifestación no tuvo consecuencias y con la causa de Hannover se decidió de antemano la causa de Prusia.

Si las relaciones entre Prusia y el primer cónsul hubieran sido tales como se había soñado hasta entonces en Berlín, no habría podido Bonaparte asestar tal golpe al corazón de la primera potencia de la Alemania septentrional, sino que por amistad hubiera debido evitarlo ó, de considerarlo necesario contra Inglaterra, realizar su propósito de acuerdo con Prusia y teniendo en cuenta los intereses políticos y mercantiles de ésta.

No haciéndolo así, quedaba violado todo el sistema de neutralidad del Norte de Alemania que en 1796 había reconocido Francia y respetado desde entonces: Prusia debía haber comenzado, no por el interés de Inglaterra ó de Hannover, sino por el suyo propio, una lucha de vida ó muerte, cuyo feliz éxito hubiera llevado naturalmente consigo la completa incorporación del Hannover. No habiendo sucedido ni lo uno ni lo otro, demostrábase claramente que Prusia no era la gran potencia de la Alemania del Norte, como pretendía serlo: por tal no la tenía Napoleón, pues de lo contrario no hubiera procedido tan mal; ni como tal la consideraba su

propio rey, pues de otro modo no se hubiera conducido como se condujo.

Cuando los franceses prosiguieron en Hannover sus conquistas sin consideración alguna y ocuparon á Lauenburgo, Ritzebuttel y Cuxhafen, poniendo con ello en el continente un primer obstáculo al comercio inglés, la navegación por el Elba sufrió tan rudo golpe que el Norte de Alemania lo consideró como una horrible desgracia, y Silesia y su comercio de tejidos se sintieron heridos por él de muerte. Federico Guillermo III envió en 7 de julio, por conducto de su consejero de gabinete Lombard, una carta al primer cónsul en la cual desahogaba su afligido corazón respecto de estas agresiones, diciendo que probablemente deberían atribuirse á un general que se había excedido en el cumplimiento de las órdenes recibidas. Este sistema, añadía, acabará por destruir la confianza que la política de la poderosa Francia inspira, cuando el primer cónsul debe considerar como interés vital que ésta se conserve incólume. «Si en la contestación que ha de traerme Lombard se me asegura que, después de la ocupación del principado electoral, vuestro espíritu de justicia contendrá las ulteriores consecuencias de esta desdichada guerra del Norte; que el débil no tendrá que lamentarse de sus debilidades, que el fuerte podrá gozar de su seguridad y que rechazareis todas aquellas medidas que pueden obligar á la potencia marítima británica á amenazar la libertad de los ríos y á destruir la seguridad del comercio, entonces creeré haber cumplido con mi deber como por vuestra parte cumplido con la amistad. Vuestra palabra valdrá para mí entonces tanto como para otros pueda valer un tratado en regla (1).»

Lombard fué recibido por Napoleón en Bruselas en 23 de julio de 1803, y las palabras complacientes que de él oyó el embajador le hicieron creer que el primer cónsul era «la verdad, la lealtad y la amistad» en persona; sin embargo, no obtuvo promesa alguna, ni respecto de Cuxhafen ni de las desembocaduras de los ríos. Respecto de este particular, tuvo que convenir en que «ni el lenguaje ni el tono» de Bonaparte le habían dado el menor motivo para esperar buen éxito. Esto no obstante, regresó á su país animado por la confianza «de que Napoleón no iría más allá de lo que el rey formalmente quisiera, y de que si éste se decidía, por creer que había alguna ofensa, á adoptar las convenientes medidas, éstas tendrían un resultado satisfactorio (2).»

A esta cándida confianza debía suceder un terrible despertar: pero aun cuando este desengaño se hubiera presentado antes, en nada hubieran variado la impotencia interior del Estado, debilitado por el peso de la cuestión polaca, ni su Hacienda, completamente esquilada, ni el enmohecimiento del engranaje de su ejército.

CAPITULO VI

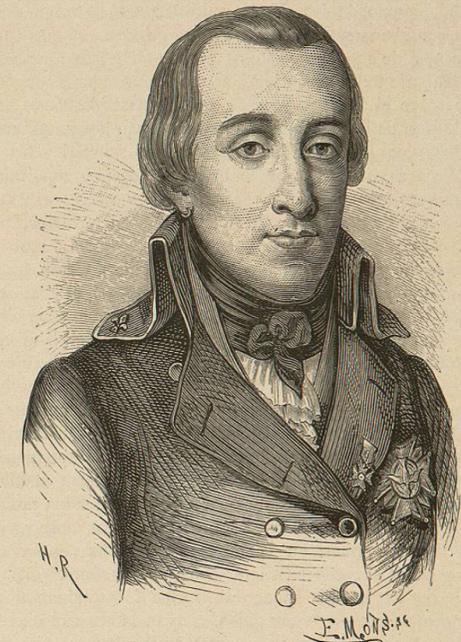
NAPOLEON I EMPERADOR DE LOS FRANCESES Y REY DE ITALIA

En el período de su mayor gloria el primer cónsul, como legislador y regente, tenía á su alrededor entusiastas adoradores y admiradores sinceros: el emperador Napoleón no tuvo ni unos ni otros, pues en su corte solo vió serviles cortesanos y esclavos temblorosos. Debióse esta transformación no solo á la mayor categoría de la dignidad que le había sido conferida, sino también á una iniquidad, que había producido en el ánimo de los que le rodeaban el mismo efecto

(1) Hauser, tomo II, pág. 471.

(2) Hauser, tomo II, pág. 474.

que á un pacífico caminante causaría el pisar una víbora entre la yerba, porque aquella iniquidad le presentaba como un carácter desprovisto de toda cualidad noble, que por lo mismo no puede exigir de los demás seres sino aquella aparente sumisión que la impotencia se ve obligada á prestar á la fuerza. Como general en jefe del ejército de Italia había perdonado á los generales que estaban á sus órdenes el incendio, el saqueo y el robo, para convertirles por su mala fe en sus dependientes sumisos, y con toda intención les había hecho muchas veces delinquir, para que el temor de ser descubiertos y castigados les tuviera encadenados á su persona. Este era un proceder innoble, pero hay que convenir



El duque de Enghien.

en que tampoco él dejaba de estar manchado por delitos comunes: desde el infame asesinato del duque de Enghien, en nada se diferenciaba de los más vulgares asesinos.

A un soberano que tiene y puede tener la convicción de que de su existencia depende el bienestar de millones de individuos, se le puede perdonar la cólera de que se sienta poseído al verse continuamente amenazado por conjuraciones contra su vida tramadas por exaltados fanáticos y quizás acusado de promoverlas él mismo para hacerse indispensable á los ojos de la nación. La conjuración que llevó á París al irreconciliable Juan Jorge Cadoudal, á Pichegrú, á dos señores de Polignac y á otros realistas, residentes todos en Londres, había sido tramada tan formalmente como la que mas. Cuando, en 9 de marzo de 1804, Cadoudal fué preso é interrogado, confesó sin ambages ni rodeos que su intención había sido matar por su propia mano al primer cónsul y proclamar rey á Luis XVIII (3): si el golpe preparado había sufrido algún aplazamiento, debíase á que el príncipe con el cual habían contado los conjurados no se había presentado en su puesto. No le faltaban al primer cónsul armas para castigar á tales criminales con todo el rigor de la ley; pero su

(3) Véase el protocolo en Thiers, tomo IV, págs. 580-81.